

Ways of Europe

Lampedusa: Solidaridad
por una Europa Justa

Ways of Europe se compromete a construir una Europa más justa, equitativa, democrática y libre, empezando por sus márgenes simbólicos y físicos. En Lampedusa, un lugar de llegada y de rechazo, de duelo y de cuidado, reflexionamos colectivamente sobre lo que significa la solidaridad hoy. Este manifiesto se nutre de voces locales e internacionales, especialmente las de jóvenes, isleños y migrantes, que viven las contradicciones de Europa cada día.

Nuestras demandas y visiones compartidas:

La solidaridad no es caridad, sino justicia. Debe ser mutua y estructural—no un gesto temporal, sino una práctica constante que defienda la dignidad de todos. Los valores fundacionales de Europa—dignidad, derechos, igualdad—no pueden aplicarse selectivamente. Es en el Mediterráneo donde las promesas incumplidas de Europa son más visibles.

Hablamos de personas, no de ciudadanos. Los derechos deben garantizarse en función de la humanidad, la presencia y la residencia—no de los papeles o los pasaportes. El estatus legal no debe definir quién merece protección. Pedimos una reforma de la ciudadanía que reconozca los derechos allí donde las personas viven, contribuyen y pertenecen.

No a la securitización. No a la criminalización. No a la externalización. Las políticas migratorias basadas en el miedo y el control traicionan los compromisos de Europa con los derechos humanos. Las personas no son “casos” ni números. Son individuos con historias, esperanzas y derechos.

La libertad de movimiento debe ser para todos. El derecho a moverse—a buscar seguridad, reunirse con la familia, perseguir oportunidades—debe garantizarse sin discriminación, dentro y fuera de la UE.

El reconocimiento de las víctimas de naufragios debe institucionalizarse. Es inaceptable que se pierdan vidas y sean olvidadas. Exigimos procedimientos públicos y transparentes que garanticen dignidad para los fallecidos y justicia para sus familias—huérfanos, viudas, familiares que aún buscan un cierre.

La solidaridad necesita tiempo. Una sociedad que siempre corre para sobrevivir olvida cómo cuidar. La comunidad requiere lentitud, presencia y tiempo no productivo—tocar música, contar historias, escuchar. Pedimos una renta básica universal que permita a todos tener la libertad de participar en la solidaridad y la vida colectiva.

Reforma del Reglamento de Dublín—ahora. Un sistema justo no puede obligar a los países fronterizos a cargar con el peso solos. Necesitamos un nuevo pacto europeo basado en la responsabilidad compartida y los derechos humanos.

La solidaridad significa nuevas narrativas. El miedo no proviene de la diferencia, sino de cómo se cuentan las historias. Debemos reemplazar el miedo por empatía. Esto requiere educación, medios de comunicación e instituciones públicas que promuevan experiencias compartidas e imaginarios alternativos—pero también soluciones concretas que muestren que un futuro diferente no solo es imaginable, sino alcanzable.

Todos tienen derecho a una información precisa y respetuosa. La forma en que se representa la migración en los medios moldea la comprensión pública y las decisiones políticas. Exigimos el derecho a una comunicación veraz, matizada y centrada en lo humano sobre migración y asilo, libre de sensacionalismo y lenguaje deshumanizante. Las instituciones públicas y los medios deben rendir cuentas para defender la dignidad y la integridad periodística. Los migrantes no son amenazas, números ni titulares—son personas con nombres, voces y derechos.

Lampedusa no es una periferia—es un centro político. Encarna las tensiones y esperanzas del proyecto europeo. Desde aquí, pedimos una Europa que cumpla con sus valores, que acoja en lugar de rechazar, y que construya puentes—no muros.

La solidaridad es justicia climática, social e intergeneracional. La migración es a menudo consecuencia del cambio climático y la desigualdad global. Debemos repensar no solo cómo acogemos a las personas, sino cómo vivimos. Solidaridad también significa economías circulares, reutilización creativa y prácticas de cuidado que respeten al planeta.

La solidaridad comienza desde abajo. Debe estar enraizada en las realidades locales y la vida cotidiana. Las estrategias de abajo hacia arriba, lideradas por las comunidades y apoyadas por la sociedad civil, deben guiar el cambio a largo plazo. La solidaridad no debe ser un proyecto con fecha de vencimiento—debe perdurar.

La juventud y la infancia no son ciudadanos del futuro—son ciudadanos hoy. Deben ser apoyados no solo como beneficiarios, sino como referentes y actores políticos. Creemos espacios para que imaginen alternativas, cooperen y expresen necesidades y deseos humanos compartidos.

La sociedad civil es un actor democrático. No es solo un proveedor de servicios. Las organizaciones de la sociedad civil deben ser fortalecidas mediante financiación sostenible, participación en consultas y plataformas para compartir conocimientos en toda Europa. La rendición de cuentas debe aplicarse tanto a las instituciones como a los proyectos—incluyendo la conciencia del privilegio.

Intercambio de Conocimientos y Colaboración entre Autoridades Locales y Organizaciones Civiles. Imaginamos una sociedad en la que los gobiernos locales y las organizaciones de la sociedad civil buscan activamente y están incentivados a construir puentes de cooperación en lugar de trabajar de forma aislada. El intercambio de conocimientos y la colaboración respetuosa deben dejar de ser excepciones y pasar a ser institucionalizados. Llamamos a una cultura de intercambio, confianza y colaboración, donde se reconozcan y alineen las fortalezas y perspectivas de cada actor hacia objetivos comunes.

La solidaridad debe protegerse desde dentro. En Lampedusa, actores locales denuncian repetidas violaciones de derechos por parte de la policía y Frontex: interrogatorios arbitrarios, procedimientos deshumanizantes, fotografía de menores. No son incidentes aislados—son fallos sistémicos. Pedimos supervisión independiente, salvaguardias legales

claras y el fin inmediato de prácticas abusivas. Las instituciones deben rendir cuentas ante los valores que proclaman.

Tender puentes entre políticas. La solidaridad no es un sector. Debe integrarse transversalmente en todas las áreas—desde la migración hasta el clima, la educación hasta el bienestar. El cambio estructural requiere políticas coherentes, instituciones adaptadas y presupuestos adecuados. Las instituciones europeas deben defender e invertir en el bien común, incluyendo logros como Schengen.

La solidaridad debe convertirse en infraestructura democrática. Debe guiar cómo se toman las decisiones y quién las toma. Esto significa invertir en educación no formal, participación inclusiva y democracia de base—especialmente para quienes están indocumentados o excluidos.

La solidaridad beneficia a todos. No es un juego de suma cero. Defender los derechos de los más marginados fortalece a toda la sociedad. El acceso a la salud, educación, vivienda y protección social no es caridad—es la base de una comunidad justa. Los derechos son indivisibles y universales. Una Europa basada en la solidaridad invierte en el bienestar de todos.

La migración es un espejo. Cómo tratamos a quienes llegan refleja la verdadera dignidad de nuestros sistemas políticos y jurídicos. No podemos sentirnos orgullosos de nuestros principios constitucionales, europeos e internacionales si no los aplicamos de forma coherente. La solidaridad no es solo algo que debemos a los demás—es también una forma de proteger y restaurar la integridad de nuestras instituciones. Dar dignidad a las personas significa, ante todo, garantizar que nuestros sistemas actúen con dignidad.

Construyamos Europa juntos. Una Europa donde se reconozca la dignidad de las personas. Una Europa sin imperialismo ni exclusión. Exigimos una comunidad política que actúe no sólo en nombre de la solidaridad, sino a través de ella—paso a paso, en un camino que forjamos juntos.

